

### 30. P. Bartolomé Miralles

*El P. Bartolomé Miralles nació en La Ginebrosa (Teruel) en 1777. Ingresó en el noviciado de Peralta en 1791 y cambió su nombre de bautismo, Francisco, por el de Bartolomé de San Antonio. Profesó en 1793. Estudió humanidades en Peralta, filosofía en Daroca y teología en Valencia. Llegó en su enseñanza a ser profesor de filosofía y teología, y notable predicador, de buen estilo y elevada doctrina. Rector de Daroca y Alcañiz. Dirigiendo este último colegio, una real orden le llevó al Colegio Militar de Segovia, como director espiritual y capellán. En 1829 es nombrado predicador supernumerario de su Majestad. Vuelto a su provincia de Aragón, era director de internos en Zaragoza cuando fue nombrado provincial de Valencia, sin estar incardinado, al parecer, a la nueva provincia, que dirigió con acierto durante siete años (1845-1853). Dos años después de iniciar su gobierno, Pío IX le nombró directamente Asistente General, con retención del cargo y oficio que tenía. Su asistentazgo duró cinco años (1847-1853). Por su talento y realizaciones, puede considerarse con justicia al P. Miralles como uno de los escolapios españoles más notables de la primera mitad del s. XIX. Falleció en Valencia en 1857.*

*Ofrecemos unas páginas de su opúsculo “El soldado español. Morir por la Patria es grande honor”, escrito en plena Guerra de la Independencia<sup>1</sup>, empapadas de patriotismo.*

Españoles. ¿hasta cuándo nuestras obras han de estar en contradicción con las palabras? ¿Cuándo dejaremos de hacer lo mismo que reprobamos con abundancia y pompa de expresiones? ¿Qué esperamos a unir la lengua con el corazón? Es abominado el carácter del francés que trocó maliciosamente los nombres de las cosas. ¿y nosotros seguimos su detestable conducta? Se reprende con agrura a su mentir descarado, ¿y nosotros queremos engañar a los extraños y a los propios? Maldecimos, y con razón, de su mala fe, ¿y nosotros seremos infieles a nuestros hermanos, rompiendo los vínculos más estrechos? Delante de Dios y de todas las naciones juramos solemnemente morir primero que ser franceses; Dios y las naciones se gozaron de nuestro empeño en sostenerlos los primeros días de nuestra justa indignación. Entonces ¿quién hubiese sido el temerario que osara violar aquel juramento, o lo que es lo mismo, quisiera oler a francés? ¿Que remedara una máxima suya, que la enseñara o tuviera valor para hablar de ella? Pues ahora se oyen sin cesar modos y máximas galicanas, se aplauden y se reproducen por donaire, primer paso para ser franceses. Y luego ¿qué dirán de nosotros las naciones, y el Dios vengador que nos contempla?

Para no profanar la santidad de aquel firmísimo propósito, ni vender la justicia de la noble causa en que nos va nada menos que el ser o no ser, es preciso llevar adelante y conservar puro el carácter de grandeza con que aparecimos en el teatro del mundo, después de tantos años de humillación y de servidumbre. Para no ser franceses es necesario que seamos españoles, nada más. Pero españoles castizos, españoles limpios, españoles sin mezcla, españoles sin confusión de sangre, de afectos, de opiniones e intereses. Españoles que reconozcamos la patria en que nacimos, la nobleza del pueblo que formamos, la dignidad de la nación que componemos, la alegría del cielo que nos cubre, la templanza del clima que nos cabe, la fertilidad del suelo en que vivimos, la riqueza de la tierra que cultivamos, la bondad y excelencia de sus producciones, la abundancia y variedad de sus frutos, de sus licores y de sus granos. Españoles que amemos nuestra patria sobre todas las naciones del universo, sus estilos y sus costumbres, aunque sean viejas; no tercios y alucinados en mantener los vicios, pero mucho menos pendientes de ajenos oráculos para corregirlos.

¡Muriéramos mil veces en ruda ignorancia, antes que vivir con sabiduría parisiense! ¡Qué diferente seríamos, cuán otra nuestra situación, si jamás nos hubiese venido un libro de más allá de los Pirineos! ¡Qué distinta moralidad, si no los hubiese traspasado ni siquiera un peluquero! ¡Qué santa educación, si se hubiese cerrado a todo hijo, y mucho más a padres españoles! ¡Qué gobierno el nuestro, si los estadistas de acá no se hubieran contaminado con la horrible política de la montaña! En costumbres, en artes, en fábricas, en la industria, en comercio, en armas, y

---

<sup>1</sup> Biblioteca Provincial de Emaús, Papeles Varios 8/2 c. Valencia, Estevan, 1811. 24 pág.

sobre todo en hombres de entereza, daba la ley España a los demás Imperios cuando se ignoraba aquí la lengua francesa, y estaban por hacerse sus libros. Estos huéspedes acogidos en todas las bibliotecas con tanta benevolencia, creedme firmemente, estos fueron los primeros conquistadores. Los que ahora nos oprimen penetraron en España porque ya éramos franceses de entendimiento y de corazón. Más estrago nos hicieron los expatriados buenos y malos, que los ejércitos de Napoleón. Ellos solo venían a marcarnos, venían a estampar en las frentes más honradas la infame divisa de esclavitud que quieren fijar desde el mar Atlántico hasta el de Laponia, y desde la China hasta el Golfo mexicano.

¿Y lo han de conseguir? ¡Oh mengua de los pueblos obcecados! ¡Oh vergüenza del nombre español! Lo conseguirán, y nosotros, marcados como borregos, iremos a pacer en las riberas, en las dehesas y en los cotos que el nuevo pastor de los pueblos nos fijó, bajo la dura mano de sus zagales mercenarios que nos esquilmarán, nos chuparán la sustancia, y por fin nos llevarán al matadero. Tal es nuestra suerte, y, me estremezco de pensarlo, tal es la suerte que nos aguarda si no tabicamos los oídos a los solapados emisarios del enemigo, que van zumbando en torno de nosotros. ¿De dónde pensáis que nacen esas voces despreciadoras de todo lo que tenemos? ¿De dónde la desconfianza que se infunde a todo gobierno? ¿De dónde el ningún aprecio que se le hace del Soldado? ¿De dónde? De aquellos franceses españoles que en el primer estallido de la nación se escondieron debajo de la tierra como serpientes, y ahora escupen la ponzoña que nos mata insensiblemente. Entonces que todos éramos héroes, ya se hubiese guardado bien ninguno de despreciarnos. Se formaron gobiernos imperfectos según las circunstancias, y eran obedecidos, y temblaba al enemigo con todo su poder. Entonces había tantos soldados como españoles, y confundidas las clases y jerarquías, no se oía más que pueblo español, y pueblo de soldados. Soldados ignorantes, bisoños, y si quieren, débiles, asombraron al mundo, espantaron a los indignos agresores, conturbaron al tirano, e hicieron proezas que se contarán de generación en generación.

Los que más se distinguieron, los que en aquella terrible crisis arrebataron nuestra admiración y respeto, debían estar ya consagrados al público. Las acciones de los muertos, retratarse para invitación y recordarse su memoria para gratitud, compadecerse la suerte de los desgraciados que gimen en cautiverio y sus nombres ser venerados para mitigar su pena. Las canciones españolas deberían ser himnos de loor dedicados a los Varones insignes que produjo España en tiempos tan calamitosos. Así lo quería el pueblo generoso, mas su voluntad se ahogó en el primer entusiasmo. Empezó a insinuarse la socarrona astucia de los enemigos, que el pueblo respetó en el hervor de su cólera; y ved por qué al tributo de alabanza y amor debido a los que nos defendieron y defienden con su vida, sucedió la burla, el desprecio, el escarnio de gobiernos, de jefes y de soldados, origen principal y casi único de las desgracias que sufrimos. Semejante conducta es muy extraña, pero lo que voy a decir es una contradicción monstruosa. No nos contentamos con deprimir al Magistrado y vilipendiar a la tropa, sino que pedimos aun de justicia que vuelen contra el enemigo, que peleen firmes y constantes, que derramen su sangre por salvar a los mismos que los abaten y calumnian.

Excelente máxima, por cierto, de perfección cristiana es hacer bien por mal, mas nunca evitaremos la nota de insensatos, pretendiendo que muchos hombres y ejércitos enteros obren según los preceptos de la caridad de evangélica, desnudándose de los sentimientos del corazón. Nadie expone sus caudales si no es por la esperanza de aumentarlos; nadie pierde el sosiego sino por asegurar una tranquilidad duradera; nadie arriesga su vida sino por conservarla. ¿Y queremos nosotros que el pobre soldado y el jefe pundonoroso vayan a recibir las balas, para que su memoria sea condenada al olvido de sus ingratos ciudadanos, o para sufrir la sátira y menosprecio, si le preserva su buena suerte? ¿Se vio jamás servir los hombres con gusto oficios tan bajos y despreciables? ¿Y esperamos defensores alentados, mientras sea tal en la opinión de los hombres la profesión de la milicia? ¿Al honrado, al noble español, se requiere empujar a una muerte gloriosa con baldones?

No, valientes guerreros; después del año octavo, último de nuestra deshonra y primero de nuestra verdadera regeneración; después de que el soldado español quebrantó la gran cadena que bajaba desde el Vístula a presionar el Tajo; después que él presentó su pecho varonil a los esclavos de la Europa; después que ella admiró tanto valor y tanta hazaña, y la gloria de vuestro nombre; después

que el augusto salón de las Cortes se oyó la expresión más honorífica que forma vuestro panegírico, no habrá quien ese ose atentar contra el sagrado de vuestro carácter. *El soldado es el primer Ciudadano de la nación*, pronunció el oráculo de España. Y esta decisión de nuestros padres ha de ser respetada dentro y fuera de sus confines, sin que nadie la contradiga. Por ella se ha de distinguir nuestro soldado de cuantos asolaron la tierra en los siglos de la antigüedad, y de los esclavos de Bonaparte, que han oscurecido la luz de la razón negándonos derechos sociales. El soldado español es el primer ciudadano de la nación, y mi pluma va a cargarse de hiel para sacudirla contra aquellos cuya representación y figura en esta comunidad de héroes vale tanto como su sombra, y contra aquellos cuya enorme crasitud y corpulencia nos embaraza para seguir expedito el nuevo camino que nos abrimos por sendas no trilladas.

Si fuera posible trabar una lid de doce millones de españoles contra igual número de franceses, y éstos fuesen destrozados al segundo golpe de nuestra venganza, entonces era igual la condición, igual vencimiento, igual la nobleza de los combatientes. Pero si algunos miles de españoles, o más robustos, o más ágiles, muertos primero sus contrarios fuesen el socorro de los débiles y los sacasen del apuro, ellos serían sin duda los primeros, los que llamarían la atención del ejército victorioso, los que llevarían el laurel del triunfo, volviendo a sus casas divinizados en hombros de sus agradecidos compatriotas. El mismo honor se debe a los soldados. Porque ¿cuál fue el grito universal de las Provincias? Corramos todos a tomar las armas, juremos todos morir o no dejarlas hasta vengar la violada fe de la amistad, y dejar vinculada nuestra independencia. El oprobio es común a todos, común el peligro de perder la vida; vamos todos a defenderla o sacrificarla por no echar en nuestro nombre un borrón de eterna infamia. Y yo no dudo que, si en el feliz momento en que reventó la represa de la cólera nacional, se hubiese presentado un francés a cada español, habríamos dado muy pronto cuenta de ellos, sin necesidad de que los tercios más fuertes corrieran a sostener la debilidad del anciano o la flaqueza del bello sexo.

Pero la astucia del cruel enemigo procuró evitar aquel formidable encuentro, en el que, soplando nuestro furor, los hubiese devorado como pajas, y recorrió a sus artes infernales, que ya no podemos contrastar sin el auxilio de ánimos briosos, de brazos bien nervudos y de pechos de bronce. ¿Y España tiene bronces que oponer al ímpetu furioso de los enemigos? ¿Que si los tiene? Y recios, y de tres dobles e impenetrables, y el francés tiembla y se estremece con la idea de que puede llegar la hora de batirse con ellos. El desprecio que hace de nuestras tropas no tiene otro objeto que el de abatir mañosamente, y a la francesa, el espíritu de los gallardos jóvenes que, dirigidos con arte, podrían muy presto pelar las águilas feroces. Esos búhos nocturnos que nos ensordecen con la importuna repetición: no hay ejércitos, no hay jefes, no hay Gobierno, ¿qué otra cosa pretenden, que fomentar la desunión e infundir el desaliento a la bizarra juventud que ya sería el terror del orgulloso vandalismo? A pesar de los conatos que hace la malicia desvelada, la voz de la patria suena donde quiera, y hierde vivamente el pecho de los patriotas escogidos que rompen por todos los estorbos de la sangre, del interés y propia conveniencia, y marchan a perseguir esos alanos que devastan nuestro suelo.

(...)